
La posguerra del Chaco en Bolivia. Excombatientes, «socialismo militar» y nacionalización de masas en un periodo de transición¹.

The Chaco Post-War in Bolivia. Ex-combatants, «military socialism» and nationalization of the masses in period of transition.

Ferran Gallego, Universitat Autònoma de Barcelona, España

E-mail: ferran.gmargalef@gmail.com

Resumen: El propósito de este artículo es plantear el interés que presenta, para la historia comparada y transnacional del fascismo la posguerra del Chaco en Bolivia. Sugiere que el habitual desinterés por los procesos políticos latinoamericanos de los historiadores europeos solo conduce a perder una perspectiva amplia de lo que sucede en este etapa crucial, perdiendo de vista elementos comunes, como los procesos de nacionalización de masas, la función integradora y excluyente de los discursos nacionalistas, las prácticas de movilización contrarrevolucionaria y la mística de una revolución nacional como alternativa a la revolución socialista.

Palabras clave: Bolivia, posguerra del Chaco, socialismo militar, excombatientes, nacionalización de masas, fascismo.

Abstract: The aim of this article is to set out the interest of Chaco post-war in Bolivia in order to get a comparative and transnational history of fascism. It suggests that the common disinterest for the Latin American political processes by the European historians only leads to a lack of a wider perspective of what is taking place in this crucial stage, losing sight of common elements as the nationalization processes, the unifying and selective function of nationalist discourses, the counterrevolutionary mobilization practices, and the mysticism of a national revolution as an alternative to the socialist revolution.

Keywords: Bolivia, Chaco post-war, military socialism, ex-combatants, nationalization of the masses, fascism.

¹ Recibido: 29/04/2015 Aceptado: 01/06/2015 Publicado: 25/06/2015

1. Fascismo, contrarrevolución y periodo de transición.

El ciclo histórico en el que se dio el proceso constituyente del fascismo europeo respondió a factores políticos, sociales y culturales de una crisis mundial. La reconstrucción e interpretación de la experiencia fascista, que ha ido abriéndose a los casos de evoluciones nacionales indispensables en el continente –pero no tenidas en cuenta más que como episodios periféricos, sin sustancia propia, dependientes de las condiciones de la segunda guerra mundial y de la construcción del nuevo orden por el III Reich–, se ha centrado exclusivamente en la reflexión sobre lo ocurrido en Europa, como si el significado completo de esta crisis general y las respuestas sociales a la misma solo tuvieran capacidad expresiva analizando los movimientos y los regímenes que se han caracterizado mayoritariamente como fascistas. Sin embargo, cada vez parece más claro que el fascismo solo puede comprenderse en el marco de una recalificación general de *lo político* –es decir, de todo aquello que se refiera a la organización del poder y su legitimación, a la representación, a la participación y a la movilización– acontecida en el conjunto del espacio de la derecha, fundamentando los recursos ideológicos y militantes de la contrarrevolución del siglo XX.

Por ello, cuando se plantea que el fascismo, lejos de ser una cultura política revolucionaria, es la representación ideológica y el movimiento político determinante de la “zona contrarrevolucionaria” que forma parte de ese ciclo de crisis, se está saliendo del circuito cerrado que generan algunas maneras restrictivas y paralizantes de comprender lo que es una cultura política. Se regresa al campo de los procesos históricos, en los que la contrarrevolución se observa como planteamiento y como proceso que nada tiene que ver con la conservación de un orden desahuciado, sino con su superación, precisamente por considerarlo responsable de aquellas revoluciones que aniquilaban lo que, a ojos del fascismo, era la nación, la comunidad, el orden íntimo de las sociedades, el sentido mismo de la civilización. La destrucción del sistema liberal –y por sistema no entendemos solamente un régimen o una propuesta política, sino un modo de comprender la existencia social en el que la vida de los individuos resulta comprensible para los contemporáneos–, que no se produce solamente en la Europa de entreguerras, no puede considerarse de un modo distinto a una etapa de transición. Y en dos sentidos, además, como pocas veces ha podido observarse en la historia.

En primer lugar, por lo que hoy sabemos, con una perspectiva de cien años, al disponer de una ya abundante documentación que nos indica ese sentido de la crisis. Esta no fue solo el paso de un sistema a otro, sino la *posibilidad* de que ese trayecto acabara en puntos de llegada diferentes. Aquel fue un momento que debe medirse atendiendo a la contingencia de los procesos históricos con mayor pulcritud de lo que solemos hacer, obsesionados por el resultado de los acontecimientos y depurando ese final de cualquier contenido que no disponga de coherencia lógica con el producto último, como si los encadenamientos tiránicos de un silogismo fueran el modo más sensato de encarar la complejidad y factores indeterminados del devenir histórico. Por consiguiente, deben tenerse en cuenta todas las opciones que estaban presentes y que condicionaron los resultados de un modo distinto a su plena confirmación en forma de victoria

política o realización en el poder. Importa, en el uso de esa perspectiva general de que disponemos, que el ciclo solamente es comprensible y solamente puede ser narrado si lo concebimos en el modo en que se nos presenta: como tiempo de cambio radical, cuyos proyectos, ilusiones y temores deben valorarse por la energía social que desplegaron, aunque 1945 cerró una etapa en la que la mayor parte de las propuestas políticas perdieron su carácter aglutinador y transformador. Entre ellas –y singularmente– el fascismo, cultura política por antonomasia de este momento de transición, cuya capacidad representativa descendió a los infiernos de la incongruencia histórica a partir de la derrota de Alemania.

El segundo aspecto se refiere a la conciencia de los contemporáneos. Todos ellos vivieron la etapa que siguió a la Gran Guerra como una época de transición. Buena parte de ellos participaron en la ocupación del espacio público mediante formas de socialización que no eran, muchas veces, directamente políticas, sino que se presentaban como una alternativa a la política, denunciada en su conjunto como una acepción miserable de lo que debía ser la intervención en los procesos históricos. Si, para unos, lo que se manejaba era la antipolítica, para otros se construían espacios nuevos de participación experimental, de irrupción que modificaba lo que hasta entonces había sido “la realidad”. Esa seguridad de que las cosas habían de modificarse se vivió con distinta intensidad, que correspondía al lugar que cada uno había ocupado en el antiguo régimen y las condiciones de su reingreso en un orden familiar, laboral y estudiantil que fuera más o menos confortable y más o menos impulsor de cambios. No eran las ilusiones de las trincheras las que decidían las militancias y su diversidad en el periodo de entreguerras, sino las ofertas culturales realizadas a quienes regresaban del frente. Ofertas que, naturalmente, hallaron una demanda muy diversificada. Lo importante, sin embargo, es destacar esa sensación de cambio de ritmo que se produjo y que es averiguada a través de la memoria de un tiempo excepcional, permanentemente consignada en textos políticos y literarios, en experiencias artísticas, en propuestas de una nueva ingeniería social, en el optimismo radical del biologismo político, en la meditación sobre la civilización, la cultura y la técnica, en la urgencia de la responsabilidad de los intelectuales, en el temor a la rebelión de las masas. Todo ello solo puede entenderse como un estado de vigilia en el que una sociedad se sabe en camino rápido, en inmediatez histórica situada a las puertas de un cambio trascendental. Sin entender ese subjetivismo, es difícil que lleguemos a comprender lo que sucedió, sustituyendo tal comprensión por un serial de datos que nos apartarán de la mirada que los contemporáneos lanzaron a su futuro no solo como forma de soñar, sino también como modo de sobrevivir.

En ambas situaciones –la mirada en perspectiva de los historiadores, la percepción de los contemporáneos–, la transición de aquellos años nos obliga a definir el espacio de la contrarrevolución de una manera que se adapte a ellas. No es la contrarrevolución instalada en la sedimentación de la revolución liberal, ni la contrarrevolución que se refugia en los observatorios de la guerra fría. No es la nostalgia del orden anterior al año II de la revolución francesa ni al año I de la revolución rusa. Pero puede ser lo que se canaliza en el Año de la Victoria en España o en cualquiera de los años de la Era Fascista italiana. Es, desde luego, la contrarrevolución entendida como aceptación cultural de

esa fase de transición, no como su rechazo. Pero una aceptación que, comprendiendo el cambio como algo inevitable y deseable, se niega a llevarlo por un camino que produzca el agravamiento del desarraigo, de la decadencia, de la pérdida de significado de civilización que es lo que ha llevado, precisamente, al desorden revolucionario. Porque a lo que se opone la contrarrevolución no es al cambio, sino al desorden moral, a la disolución nacional, al extravío del lugar preciso de los hombres y las relaciones entre ellos en un sistema orgánico. Para la contrarrevolución de la primera mitad del siglo XX, lo que resulta insufrible no es las perspectivas de una transformación, sino la posibilidad de que el cambio no se realice, precisamente, para la restauración de una comunidad esencial que debe ser actualizada. Lo propio del siglo XX ha de ser, para ella, haber proporcionado la gran ocasión histórica de un retorno a lo auténtico, un derribo de todo aquello que ha apartado a una comunidad de su destino y de su ser. Y si el fascismo pudo ser el movimiento representativo de esta sensibilidad, sin duda lo fue porque ninguna propuesta como la que él fue constituyendo trabajosamente desde el final mismo de la guerra tuvo la capacidad de integrar tan lealmente los elementos contradictorios que aparecen en una etapa de transición: el miedo a un cierto futuro y el deseo de superación de lo existente. Ambas actitudes pudieron expresarse en aquellos tiempos gracias a que la envergadura de la crisis provocó una mística militante que no ha vuelto a contemplarse en los setenta años que nos separan del fin de la segunda guerra mundial. El fascismo proporcionó un compromiso radical del individuo con su comunidad. Pero, como lo planteó en algún momento Heidegger, ello no obedecía a la primacía de la voluntad y del individualismo, sino justamente a la superación de ambos componentes últimos de la modernidad iniciada con el subjetivismo racionalista de Descartes. El fascismo pudo vencer porque estaba dotado de esa plástica capacidad de contener un discurso de la modernidad (la voluntad de transformación, la razón instrumental, el culto al Yo) y, por encima de él, encauzándolo y deformándolo, la adhesión a un repudio de esa metafísica fundamentada en la primacía de la razón, del sujeto, que hacía del mundo un objeto a usar y había olvidado la existencia de una Verdad situada en un lugar distinto al mundo, en una zona diferente a lo que solemos considerar la realidad. Ese ser profundo, permanente, realidad última y fundamento verdadero de la existencia, cuya manifestación más esforzada era la comunidad nacional y cuyo interlocutor más auténtico era un movimiento que se presentara a sí mismo como *respuesta* —es decir, correspondencia— con la modernidad a superar.² No es extraño que, entre los intelectuales más lúcidos de la contrarrevolución así entendida, se encuentren quienes parten de una protesta contra las agresiones que este tipo de subjetividad racionalista ha provocado en un mundo que disponía de una verdad objetiva como sustento espiritual y como legitimación del orden social. Tiene mucho que ver con ello que en la España de los años cuarenta, cuando la experiencia fascista europea haya sido derrotada, se trate de reconstruir con dignidad académica notable ese rechazo del orden racional que culminó en la Ilustración —y solo fue rescatado a través de la exasperación voluntarista del vitalismo—, para defender que el conocimiento humano está al servicio del conocimiento de un orden superior divino,

² Para un comentario discutible, pero lleno de estímulos a la reflexión, véase L. FERRY y A. RENAUT: *Heidegger y los modernos*, Barcelona, Paidós 1988.

que delimita cualquier valoración de la conducta de los hombres, especialmente las que afectan a su vida social.³

Esta fase de transición no puede reducirse al marco europeo ni en la perspectiva histórica ni en la convicción de una percepción que afectó decisivamente a los contemporáneos. Si la reclusión intelectual en dos modelos de fascismo –que ha sido lo habitual en el hallazgo de una perfección, de un “resultado” perfecto en la historiografía europea– ya causó daños difícilmente reparables en el momento de analizar el conjunto de la experiencia fascista continental, el desdén por lo que sucede en América Latina debería provocarnos más estupor del que suele causar. Tanto para quienes hemos tomado una necesaria perspectiva comparada, como para quienes han introducido la corrección de la transnacionalidad –y, en definitiva, para quienes deseamos examinar una fase de acontecimientos y procesos contemporáneos, contaminados por su mutua emulación, afirmados en su desarrollo nacional, autónomos y dependientes como parte de un mismo ciclo histórico y de una misma manera de responder a la crisis de la modernidad–, atender a lo que sucedió en América Latina en los años de entreguerras es una urgencia intelectual irrefragable. Porque allí se está produciendo una transición que es vivida como tal, con utopías antagónicas, con discursos nacionalistas renovados, con demanda de un orden que recupere o instaure el sentido perdido de la totalidad, con procesos de nacionalización de masas que aniquilan el sistema liberal, con guerras civiles como las de México o guerras internacionales de gran envergadura como la del Chaco, ambas con capacidad para establecer un campo gravitatorio de afinidades entre quienes desean romper con lo existente y crear una nueva comunidad. Y, en ambos casos, existiendo una clara conciencia de que la revolución es la recuperación de algo auténtico que ha sido defraudado por el orden criollo de quienes sellaron el acuerdo falsificado de la emancipación a comienzos del siglo XIX. Las naciones frustradas, las soberanías mentirosas, la reducción del espacio público a su gestión por una elite incapaz de construir un verdadero Estado representativo del pueblo, se encuentra en la raíz misma de los procesos que, al otro lado del océano Atlántico, establecieron una realidad indispensable para comprender esa transición que estaba produciéndose en sus dos orillas. Solo una absurda entrega de la actitud intelectual a los esquemas organizativos de la docencia y la investigación universitaria puede explicar semejante dislate.

Curiosamente, otras transiciones han hallado en este esquema comparado y transnacional un campo de trabajo que no solo nadie ha querido impugnar, sino que ha pasado a considerarse el modo normal de trabajar las vías de construcción de las democracias en los últimos veinte años del siglo pasado. Sin embargo, la primera mitad del siglo, con sus apasionantes propuestas y su brillante conciencia de un arco de transformación, queda relegado a una tozuda indiferencia mutua. Por ello, teniendo la seguridad de que cualquier especialista en el fascismo y en el abanico de posibilidades de ruptura del periodo de entreguerras ha de encontrar en el examen de esta fase en América Latina un poderoso corrector y estímulo para su trabajo, creo útil la reflexión que sigue. En ella,

³ E. GALÁN: *La filosofía de Sto. Tomás de Aquino*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1944; T. FERNÁNDEZ MIRANDA: *La justificación del Estado*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1946; A. TRUYOL: *El Derecho y el Estado en San Agustín*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1944.

una crisis del orden tradicional, la apertura de una inmensa movilización y competencia entre sujetos sociales nuevos, así como la frustración de los cambios y su legado como “revolución pendiente”, resultarán más que familiares a quienes abordan los temas de la crisis europea de la primera posguerra mundial. Y pueden permitir afinar, con un ángulo de visión más ambicioso, nuestra mirada a aquel momento crucial y a las motivaciones de quienes creyeron posibles transformaciones diversas, para enfrentarse todos ellos a la sensación de no dejar sus utopías no solo como ejemplo a admirar, sino como un legado a realizar en generaciones posteriores. Que estas reflexiones se realicen por un historiador ahora dedicado al estudio del fascismo europeo, pero que inició su investigación con una tesis doctoral sobre los regímenes “militar-socialistas” bolivianos de los años treinta, es confesión de una experiencia intelectual que, solo al contemplarse a estas alturas, me sugiere la extrema importancia que tuvo aquella primera travesía para proporcionar un punto de vista más amplio y fructífero.

2. La Bolivia de la Generación del Chaco.

Entre las experiencias de este periodo en América Latina, la sufrida por Bolivia tiene una doble característica: su profundidad y su desconocimiento. O, por decirlo de otro modo, la riqueza que podría proporcionar a la ciencia social y el poco aprovechamiento que se ha sacado de ella, por tratarse de una nación de difícil acceso al mercado editorial, por verse como un país secundario en los grandes procesos que definen la suerte del continente, por la competencia abrumadora que le proporcionan naciones a las que se concede un lugar relevante: México y su revolución, Argentina y su populismo, Chile y su sistema político más reconocible, América Central y su modélica guerra sin fin de alta o baja intensidad. La irrupción de las demandas nacional-populares y la regionalización paralela de los conflictos sociales encuentran, en esas circunstancias, una carta de legitimidad para el trabajo académico mucho más poderosa que la que se ha encontrado por quienes han apreciado las cualidades de la zona andinoamazónica y, en especial, Bolivia para establecer desafíos a la investigación. Entre ellos, el nacionalismo como discurso estatal de una sociedad multiétnica; el radicalismo obrero en el ecosistema de una producción minera aislada de los otros espacios de clase; el caudillismo militar populista asentado en el recuerdo de los caudillos decimonónicos; las opciones desarrollistas de un nacionalismo popular que rechaza el discurso de clase como impropio de países atrasados; la compleja construcción de una revolución nacional y el establecimiento de un régimen corporativo para resolver los conflictos entre los integrantes de la coalición revolucionaria de 1952; y, desde luego, la conciencia generacional y el profundo impacto legitimador provocado por la guerra. Por la guerra y, especialmente, por la derrota. Porque en 1936, el golpe militar se realizó a manos de oficiales jóvenes, combatientes vencidos en el Chaco, y de oficiales de complemento que habían tenido su experiencia de nacionalización en su breve dedicación a la milicia. Porque la trama de asociaciones de excombatientes fue sujeto político necesario desde entonces. Porque la ciudadanía de las masas indígenas y su sentimiento de pertenencia a la nación de forjó, como promulgación de derechos y como percepción intensa, a consecuencia de la derro-

ta. Porque la militarización de la sociedad pudo vertebrarse por la movilización general que exigió una guerra cuyo escenario se encontraba a mucha distancia de donde vivían el 90% de los bolivianos. Porque el prestigio de las fuerzas armadas y su legitimidad reformista se plantearon en la mezcla entre esa movilización y la carencia de opciones civiles alternativas. Porque la revolución popular más importante que ha habido en América Latina tras la mexicana y antes de la cubana, la de abril de 1952 en La Paz, tuvo como estímulo ideológico un cambio de Estado que se le debía al pueblo combatiente. Porque, entre los partidos de masas que brotaron de aquella experiencia bélica, fue el Movimiento Nacionalista Revolucionario el que mejor supo representar la ambigüedad de una época de transición, el discurso de modernización social y de arraigo en la tierra, la propuesta de una vanguardia revolucionaria y la convocatoria de masas populares, la revolución como restauración del poder original del pueblo y base de construcción de una comunidad frustrada por el orden criollo liberal. Y porque, a la altura de 1985, cuando se celebraban unas elecciones cruciales, que acabaron con el ciclo iniciado en 1952 –y, de hecho, en 1935–, la fiesta nacional del 6 de agosto permitía que la marcha cívica por las calles de La Paz fuera encabezada por las viudas de la guerra del Chaco, que enarbolaban carteles en los que se recordaban los escenarios más importantes de aquella guerra atroz, mientras los espectadores del desfile coreaban, emocionados, los nombres sacralizados por aquella memoria nacional.⁴

La guerra y la derrota se produjeron en una sociedad en cuya elite constaba un largo periodo de postración, que llegó a hacer pensar en la inviabilidad del proyecto estatal boliviano. Tras los conflictos del Pacífico y del Acre con sus vecinos más poderosos, Bolivia había sido incapaz de enfrentarse al que parecía el más débil de todos ellos, un Paraguay que aprovechó las ventajas logísticas de asistir a los enfrentamientos armados mucho más cerca de los espacios de abastecimiento. Pero la derrota en el Chaco añadía más factores, que resultaron explosivos en aquellas circunstancias. Desde la década anterior, se había producido una amplia movilización universitaria y de las clases medias urbanas que erosionaron lo que fue siendo denunciado por todos como el “régimen tradicional”. Los partidos que se identificaban con el sistema liberal inaugurado en la etapa de expansión exportadora del estaño –liberales y republicanos– fueron denunciados por una ofensiva intelectual que se llamó a sí misma la “generación del centenario”, y en la que convivieron las corrientes fundacionales del marxismo y las más inclinadas por soluciones nacionalistas y regeneracionistas. El estallido de la guerra, en 1932, que encontró al país en plena zozobra por la caída del precio de las exportaciones, marcó una división tajante en los sectores juveniles e intelectuales. Mientras

⁴ La bibliografía general sobre este periodo es escasa y, en lo que a la producción de la propia Bolivia se refiere, muy marcada por los conflictos políticos y la militancia que se presumía a la mayor parte de los textos sobre el periodo. Fundamentalmente, si se estaba a favor o en contra del “proceso”: es decir del MNR y la revolución de 1952. Libros de referencia son el de H.S. KLEIN: *Parties and Political Change in Bolivia, 1880-1952*, Cambridge, Cambridge U.P., 1971 y J. DUNKERLEY: *Rebellion in the veins*. Londres, Verso, 1985; Íd.: *Bolivia. Revolution and the power of history in the present*, Londres, Institute of Latin American Studies, 2007; J.C. SANDOR: *Bolivia's radical tradition*, Phoenix, Arizona UP, 2009; F. HYLTON y S. THOMSON: *Revolutionary Horizons. Popular Struggle in Bolivia*, Londres Verso, 2007; H.S. KLEIN: *Bolivia. The evolution of a multi-ethnic society*, Oxford, Oxford U.P., 1992 (se cita por la edición de 1982) y L. GOTKOWITZ: *A Revolution for our Rights*, Duke, Duke U.P., 2008 (un trabajo dedicado a las movilizaciones campesinas, pero con un buen análisis del marco general).

los cuadros del socialismo marxista se exiliaban para evitar ser alistados, el sector nacionalista se apresuró a tomar parte en la contienda, con grados de oficial de complemento y con la posibilidad de establecer contacto con algunos jefes militares jóvenes, cuya crítica al curso de la guerra no tardó en canalizarse en un programa de regeneración patriótica, que repudiaba la continuidad del orden liberal-republicano.

La experiencia de la guerra, realizada en el marco de una crisis mundial que arrancaba de cuajo la viabilidad de una economía monoexportadora, adquirió los rasgos complementarios de un fin de ciclo material y una impresión de agotamiento del orden impuesto a la nación hasta entonces. Un orden tradicional que ni siquiera había sido capaz de defender el honor del país en un conflicto con el más débil de sus vecinos, y cuya incompetencia militar había sido la expresión más dolorosa de su incongruencia con las necesidades de un Estado nacional moderno. Lógicamente, el discurso que había de brotar con más fuerza de esta tragedia, y que se impuso con facilidad a las propuestas de una izquierda “desertora” fue el de un nacionalismo antioligárquico, elitista, confiado en la educación de las masas por una minoría selecta, una generación forjada en las arenas del Chaco y cuyo deber era la construcción nacional al servicio del pueblo. José Cuadros Quiroga, redactor del programa del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) en 1941, justificaba la aparición del partido refiriéndose a esa fundación generacional precisamente: «Somos una fuerza viviente que reacciona contra el imperialismo. Somos una consecuencia de la guerra del Chaco».⁵ Augusto Céspedes, uno de los fundadores del movimiento, se dirigió a la Asamblea Constituyente de 1938 afirmando: «Nuestra crisis es un complejo de conflicto de clases y de conflicto de generaciones».⁶ El historiador Herbert Klein, pionero en los estudios de la revolución del 52, señaló que «de las trincheras [...] emergieron una nueva generación y una nueva conciencia, [...] que exigía un cambio a cualquier precio»⁷. La ausencia de programas concretos era menos importante que esa actitud: «Los programas políticos nada importan. [...] Acción es el programa de nuestra generación».⁸ El dirigente trotskista Aguirre Gainsborg, fundador del Partido Obrero Revolucionario, clamó contra esta deficiencia, que dejaba el camino libre a un sector que él consideraba contrarrevolucionario y que pretendía «cimentar el contenido de sus aspiraciones tan solo sobre la base de la lucha de las generaciones».⁹ Pero lo importante era esa movilización de las conciencias, que ponía a un sector joven de la clase media boliviana al frente de una alternativa. James Dunkerley lo definió como «una sensación específica de comunidad traicionada, de sufrimiento compartido, de visión maniquea de cobardía y heroísmo, de división generacional y aplazamiento ideológico».¹⁰ Lo que se confirma por uno de los historiadores clásicos del país: «los combatientes juraban destruir el pasado, arrebatar el mando a los grupos tradiciona-

⁵ [J. CUADROS QUIROGA], *Movimiento Nacionalista Revolucionario. Sus bases y principios de acción inmediata*. La Paz, s.p.i., 1942, p. 3.

⁶ Convención Nacional de 1938, *Redactor*, La Paz, 1938-1939, vol. I, p. 61.

⁷ H. KLEIN: “David Toro and the Establishment of ‘Military Socialism’ in Bolivia”, *The Hispanic American Historical Review*, 44:1 (feb, 1965), p. 25.

⁸ “Declaración de Acción Socialista Beta Gama”, *El Diario* (La Paz), 11 de agosto de 1935.

⁹ *El Diario*, 24 de noviembre de 1935.

¹⁰ J. DUNKERLEY: *Rebellion...* p. 28.

les y buscar para la Patria vida nueva y nueva moral». ¹¹ El más importante de los precursores de la revolución de abril de 1952, Carlos Montenegro, situó la reflexión generacional también en el centro de sus reflexiones: «El pueblo armado extrajo de su soledad y su abandono una intuición cierta de la patria. El Chaco, sino un símbolo, fue un espejo ensangrentado de la suerte de Bolivia». La dominación extranjera sobre gran parte de la economía nacional fue resumida en aquel territorio combatido en favor de los intereses de la Standard Oil y convirtió el imperialismo abstracto en experiencia personal de sufrimiento. ¹² Y uno de los fundadores del Partido de la Izquierda Revolucionaria señaló el punto de fractura generacional, agrupada en una lucha por la emancipación nacional y de lucha contra el poder oligárquico. ¹³

Los testimonios podrían alargarse hasta la extenuación. Pero los recogidos aquí pueden dar una idea de cómo un fin de ciclo histórico adquiere la condición de una percepción personal que se traduce a experiencia colectiva y a tarea política con dimensión de urgencia. La eclosión de un movimiento universitario que formaba parte de la gran oleada reformista de América Latina en el periodo de entreguerras no dejó indiferente a un país cuya elite se encontraba mucho menos aislada de lo que nos puede parecer. «Nos atraía la fraseología del APRA y los relámpagos de la revolución mejicana. Leíamos los discursos de Obregón y de Calles y la lírica premonitoria de la “raza cósmica”», escribió Céspedes. ¹⁴ Intelectuales como Tristán Marof –seudónimo de Gustavo Navarro– empezaron a plantear los problemas de implantación del socialismo en una sociedad multiétnica y rural, a la manera de Mariátegui. ¹⁵ Sectores más influidos por el pensamiento marxista ortodoxo, liderados por José Aguirre Gainsborg, exigieron un discurso que prescindiera de lo que veían como elementos secundarios en un antagonismo de clase universal. ¹⁶ Pero los grupos que habían de tener más fortuna en la organización de la juventud universitaria excombatiente fueron los que consideraron el nacionalismo popular como una plataforma reformista, elitista e interclasista, en mejores condiciones para imponer su hegemonía. Dada la desarticulación de la sociedad, la inexistencia de movimientos de masas, el aislamiento de las comunidades agrícolas, la insularidad de los campamentos mineros y la debilidad de la clase obrera industrial, ese era el proyecto que mejor podía conectar con una situación como la de la posguerra. Y que, naturalmente, mejor podía ser entendido por un aliado fundamental en este tipo de circunstancias: los jóvenes oficiales de las fuerzas armadas, muchas veces ascendidos por méritos de guerra en la campaña del Chaco. Estos núcleos, renunciando a construir organizaciones de masas, prefirieron formar pequeños círculos de opinión y presión que apoyaran el establecimiento de una dictadura militar con orientaciones patrióticas: la Célula Socialista Revolucionaria, la Confederación Socialista y el Partido Socialista, nombres con los que sucesivamente se conoció este grupo, origen del MNR, habría de disponer muy

¹¹ P. DÍAZ MACHICAO: *Historia de Bolivia. Toro, Busch, Quintanilla, 1936-1940*, La Paz, Tejerina, 1957, p. 20.

¹² C. MONTENEGRO: *Nacionalismo y coloniaje*, La Paz, Alcaldía Municipal, 1953, p. 154.

¹³ M. BONIFAZ: *Bolivia, frustración y destino*, Sucre (s.p.i.), 1965, pp. 126-127.

¹⁴ A. CÉSPEDES: *El dictador suicida*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1956, p. 82.

¹⁵ T. MAROF: *La tragedia del Altiplano*, Buenos Aires, Claridad, 1934.

¹⁶ G. LORA: *José Aguirre Gainsborg, fundador del POR*, La Paz, Masas, 1960.

pronto de un influyente órgano periodístico, *La Calle*, que habría de convertirse en portavoz oficioso de esta colaboración entre excombatientes nacionalistas y fuerzas armadas “socialistas”.¹⁷

3. Desmovilización y militarización.

La hegemonía de las posiciones nacionalistas, elitistas y reformistas frente a quienes defendían una línea revolucionaria, de masas y de clase, corresponde a las condiciones estructurales de la sociedad boliviana en un momento de crisis de su modelo exportador, y a la coyuntura propicia, marcada por el proceso paralelo de desmovilización del ejército y de militarización del conflicto político.¹⁸ Estos factores se refieren, a su vez, a dos campos que se situaron en una actitud de mutua disponibilidad, haciendo que se frustrara cualquier intento de permanencia del régimen liberal, pero evitando que su crisis desembocara en una revolución inspirada por los grupos de izquierda obrera, campesina y popular. Tales campos son el proceso de retorno de los soldados a casa, construyendo espacios de reivindicación, apoyo social y propuestas políticas homogéneas para los veteranos, y la propia dinámica interna del ejército profesional, en el que los oficiales más fascinados por proyectos nacionalistas formaron organismos de coordinación y se decidieron a impulsar un régimen controlado por ese sector de presunta neutralidad, decidido regeneracionismo y acendrado patriotismo.

La vuelta del soldado a casa estuvo lejos de convertirse en una normalización del país tras una guerra que había causado cincuenta mil víctimas en una nación de seis millones de habitantes, y que había llevado al frente a miles de campesinos cuya primera relación con la nación había sido la de haber luchado en su nombre. El efecto de un proceso nacionalizador realizado en el campo de batalla fue seguido de la exigencia de una ciudadanía en el momento del fin de las hostilidades. Esto resulta especialmente obvio para el campesinado aymara o quechua, que en su mayor parte carecía del derecho al voto y al que se había alejado de cualquier forma de toma de conciencia nacional. Los conflictos rurales durante la guerra ya empezaron a adquirir un tono muy distinto al que habían tenido las desesperadas luchas de los pueblos indígenas por defender la propiedad individual o comunal de sus tierras ante el despojo sufrido a manos del régimen liberal.¹⁹ Las luchas en la retaguardia, aprovechando los espacios vacíos dejados por el reclutamiento y la escasez de mano de obra, mezclaban enfrentamientos caciquiles, dependencias de patronazgo, lealtades a líderes regionales luego convertidos en correas de transmisión entre el poder nacionalista y la vida local.²⁰ Ahora, los campesinos se mostraron dispuestos a permanecer en la ciudad y a exigir su cartilla de ciudadanía, su derecho al voto y su participación en la vida pública en un escenario nacional. Del mismo

¹⁷ El “Programa de Acción Socialista” de la CSB fue publicado en *El Diario* el 7 de diciembre de 1935.

¹⁸ Todas estas cuestiones se plantean detalladamente en F. GALLEGO: *Bolivia: génesis de una revolución. Las experiencias de reformismo militar tras la guerra del Chaco (1936-1939)*, Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Barcelona, 1990. Especialmente, vol. I, pp. 54-190.

¹⁹ S. RIVERA: *Oprimidos, pero no vencidos. Luchas del campesinado aymara y quechwa, 1900-1980*. Ginebra, UNRISD, 1986, sigue siendo un texto de referencia para este tema.

²⁰ R. ARZE: *Guerra y conflictos sociales. El caso rural boliviano durante la campaña del Chaco*, La Paz, Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social, 1987.

modo, los artesanos, pequeños comerciantes y empleados de servicios públicos de La Paz, Cochabamba y Sucre, pasaron a ser un sujeto político que abandonaba su militancia en organizaciones republicanas y pasaba a los cauces corporativos de las asociaciones de excombatientes, en las que también se integraron los cuadros dirigentes del nacionalismo reformista, futuros fundadores del MNR. En estas asociaciones no solo se defendían los derechos sociales de los excombatientes, sino que se visualizaba una irrupción en el espacio público que pasaba a entenderse como nueva forma de acción política que superaba la acción de los partidos. Algo que se favorecía por la ausencia de organizaciones nuevas y por la propia disposición de los cuadros nacionalistas a hacer de estos espacios la base orgánica de su alianza con los oficiales profesionales. El culto a algunos héroes de guerra —el teniente coronel Busch, futuro dictador en 1937-1939, fundamentalmente—, se unía a una mística disciplinada y patriótica, un estilo militarizado que, además de referirse a la organización de estos grupos, correspondía a la visión del cambio que debía producirse en la nación, unificada en orden de combate contra la oligarquía, el imperialismo, el atraso y la miseria. La Legión de Excombatientes (LEC) fue la más importante de estas asociaciones, aunque otras, como la Asociación Nacional de Excombatientes Socialistas (ANDES) o la Legión de Excombatientes Nacional-Socialistas (LENS), no carecieron de importancia. La LEC se consideraba “apolítica”, pero hay que tomarse esta afirmación en su sentido preciso: el apoliticismo tiene mucho menos que ver con esto que la antipolítica militante, la propuesta de un “antipartido”. Prueba de ello es que la LEC se definiera como «una gran institución sindical con ideología socialista».²¹ De todas formas, la debilidad de estas formaciones puede observarse en su incapacidad para poner un candidato propio a la cabeza del golpe cívico-militar de mayo de 1936, porque esta decisión respondía a los delicados equilibrios entre oficiales más vinculados a la Bolivia tradicional y los más dispuestos a una ruptura con ella, aunque siempre se mantuviera el deseo de mantener la unidad de las fuerzas armadas.

Ellas eran el otro campo cuya transformación interna y disposición a la intervención política determinaban una correlación de fuerzas adversa a los planteamientos de la izquierda revolucionaria. La ambigüedad del discurso patriótico y elitista de los jóvenes universitarios y profesionales de La Paz o Cochabamba de la CSR-CSB-PSB y el grupo *La Calle* era contemplado por simpatía por unos oficiales poco dispuestos a tolerar la organización de los trabajadores en un movimiento de clase. El aislamiento de los más radicales, los mineros, en sus campamentos alejados de los centros urbanos, era tranquilizador, y dio lugar a un peculiar ecosistema, con creciente influencia sobre el mundo sindical. Los intereses del campesinado, mayoritario en el país, podían controlarse a través de la conversión de los caciques indígenas a una nueva dependencia que superara el régimen liberal y se entregara a los gestores de un nuevo orden. El problema se hallaba en el control de una fuerza como la clase media urbana, muy concentrada y politizada, cuyas reivindicaciones de participación y de mejora social habían de encauzarse a través del discurso nacionalista, y de un liderazgo que comprendiera la necesidad de pactar con el ejército. Para poder hacerlo, en las fuerzas armadas había de darse un

²¹ *El Diario*, 7 de febrero de 1936. Los estatutos de la organización fueron publicados en el mismo periódico, el 4 de octubre de 1935.

cambio de jefatura que se refiriera incluso a los órganos formales de la cadena de mando, además de reflejar el trauma experimentado en la larga contienda con Paraguay. Los altos oficiales eran miembros de familias del Partido Liberal o del Partido Republicano Genuino y, por tanto, parte visible de la Bolivia tradicional. Solo podían aceptar un cambio controlado, evitando ser desbordados por los oficiales más jóvenes y de origen social más humilde. Las mismas clases altas de La Paz se habían referido a la necesidad de una dictadura militar si los partidos tradicionales eran incapaces de asumir una defensa de la nación en quiebra.²²

Esta “correlación de debilidades” permitió que la indispensable transición política se contemplara con una curiosa y comprensible mezcla de dos elementos: la retahíla de frases grandilocuentes sobre el destino de la patria, sobre la liberación nacional, sobre la lucha contra la dominación exterior y sobre un nuevo Estado que superara los vicios del liberalismo, y la estrategia de entrega del poder a un sector moderado de las fuerzas armadas, acompañado de los núcleos nacionalistas menos dispuestos a liderar una movilización de masas, quedándose en un programa de modernización económica sin presiones de base ni tentaciones obreristas o, mucho menos, indigenistas. El discurso, sin embargo, debía disponer de esa tonalidad enérgica, porque había de exhibirse como verdadera renovación de la única fuerza organizada a escala nacional: el ejército. Sin ella, lo que podía proponerse era una incierta lucha desde un sindicalismo incipiente y disperso. Los sectores agrupados en el bloque nacionalista de *La Calle* solamente dejaron de lado esta estrategia de asesoramiento de un régimen militar, en el momento en que cambió la correlación de fuerzas interna en el ejército y éste pasó a manos de los sectores tradicionales nuevamente, como sucedió tras el suicidio de Germán Busch en 1939 y, sobre todo, tras el golpe contra el gobierno de Gualberto Villarroel y el MNR, calificado por la izquierda como “nazi-fascista”, en julio de 1946. Por otro lado, que los nacionalistas usaran esta vía mostraba que su recelo mayor se situaba en la pérdida de una hegemonía si se convocaba a los trabajadores y campesinos a una movilización que desplazaría a la elite, a los planteamientos reformistas y a cualquier intento de mantener las cosas en el campo de una modernización desde arriba. La futura revolución de 1952 no fue programada por los nacionalistas de la generación del Chaco más que como producto del fracaso de una reforma.

Sus límites se encontraban en ese discurso que se ha citado, elaborado en las mismas filas del ejército por oficiales cuyo conocimiento y fascinación por lo que estaba sucediendo en Italia o Alemania eran evidentes entonces, y se harían mucho más obvios durante la segunda guerra mundial y sus inmediatos precedentes. Es cierto que las fuerzas armadas nunca llegaron a crear un partido propio, una especie de Unión Patriótica primorriverista o lo que, según creo erróneamente, algunos han podido ver en FET y de las JONS, como forma de organizar el apoyo a una dictadura militar. Eso puede explicar la fuerza que adquirió tanto la colaboración inicial de los nacionalistas del grupo de *La Calle* en la década 1936-1946, y también la capacidad de ganar auto-

²² Los informes de la Legación Británica son una fuente indispensable para tomar el pulso a estos sectores. Véase, por ejemplo, al tratar del deseo de un hombre fuerte al frente del país, el informe fechado en La Paz el 12 de marzo de 1936 o el fechado el 8 de abril de 1936 (Public Record Office, F.O. 371/19.764).

nomía cuando fueron expulsados del poder y, liquidados los elementos que simpatizaban con ellos en las fuerzas armadas, hubieron de crear las bases de una movilización de masas hasta 1952. Sin embargo, en el ejército existieron organizaciones secretas para vertebrar un grupo de presión, la más importante de las cuales fue Razón de Patria (RADEPA), dirigida por Elías Belmonte, futuro embajador en Berlín entre 1938 y 1941. Su programa estaba lleno de alusiones moralizantes a la «indecencia» de la oligarquía, al egoísmo de los partidos conservadores y la entrega de los intereses de la patria a sus mezquinas empresas. Se planteaba que en el ejército se concentrara la «máxima expresión de un ideal bolivianista» y que RADEPA fuera «escuela de superación moral, espiritual e intelectual» para orientar la función esencial de las fuerzas armadas. Sus propuestas incluían buena parte del repertorio de los jóvenes de la generación del Chaco, aunque moderando sus demandas sociales y asegurándose de tenerlas bajo el control del nuevo Estado. Se pedía la diversificación económica, la creación de un mercado nacional y el objetivo de crear una burguesía nacional. El respeto a la propiedad al servicio del bien común y una reforma agraria que nunca fuera protagonizada por los campesinos marcaban las fronteras de los cambios estructurales. El Estado había de estar liderado por personalidades «honestas» y su articulación autoritaria había de enfrentarse a la posibilidad de una división del país en clases o territorios, atentando al objetivo supremo de preservar la unidad nacional. La liquidación de todos los partidos oligárquicos tradicionales y aquellos que no fueran verdaderamente nacionales, dejaban el paso abierto a fórmulas autoritarias con un partido nacionalista único como apoyo de un régimen en el que el ejército podía optar por la dirección directa o la presión sostenida desde RADEPA.²³

4. La revolución de 1936 y el establecimiento del régimen “militar-socialista”

Resulta especialmente significativo que el golpe militar de mayo de 1936 se decidiera como forma de contener la intensa movilización sindical que la Federación Obrera del Trabajo (FOT) y la Federación Obrera Local (FOL) de La Paz habían promovido como resultado del desempleo y la carestía.²⁴ El propio coronel Toro, primer presidente de la Junta Militar Socialista, declaró un año después que el ejército había tomado el poder ante la ineficacia de los sectores tradicionales «y el avance audaz de las doctrinas de extrema izquierda, tan peligrosas como ajenas a nuestra idiosincrasia».²⁵ Mientras, el hombre favorito de los excombatientes, el teniente coronel Busch, era nombrado jefe de Estado Mayor, lo cual indicaba la firmeza del ajuste orgánico de las fuerzas armadas y la capacidad de los sectores nacionalistas de exigir una compensación por mantener el equilibrio entre oficiales tradicionales y “oficialidad del Chaco”.

El equilibrio resultaba aún más evidente al constituirse un primer gobierno en el que el Partido Socialista –nombre final tomado por la CSR-CSB– de Enrique Baldivieso

²³ El programa e historia de la logia está recogido en F. Barrero, *RADEPA y la Revolución Nacional*. La Paz, 1976. El programa, en pp. 361 y ss.

²⁴ British Legation, La Paz, 28 de mayo de 1936 (PRO. FO 371/19.764). U.S. Department of State, *Foreign Relations of the United States. Diplomatic Papers, 1936*. Washington, 1953, vol. 5, p. 232.

²⁵ *La Calle*, 17 de mayo de 1937.

debía compartir gabinete con algunos miembros del ala más radical del republicanismo histórico, dirigida por Bautista Saavedra. Pero esta era una situación provisional que se resolvería muy pronto, en cuanto los aspectos preventivos del golpe fueron siendo desplazados hacia una rotunda ruptura con los partidos tradicionales, invitando a la burguesía boliviana a sumarse a un proceso de modernización e integración nacional cuya seguridad dependía, precisamente, de la visibilidad de una transición hacia un nuevo Estado. Rápidamente, Enrique Baldivieso se convirtió en el portavoz de la Junta, afirmando en unas expresivas declaraciones a la prensa, los elementos más rupturistas de un golpe que nada tenía que ver con las intervenciones militares de mera rectificación, de 1920 o de 1930. Se defendía un proyecto socialista que no se inspiraba en ideologías extrañas, sino que era fruto de la peculiar estructura social de Bolivia: «nuestro socialismo no se inspira en recetas infalibles de valor universal».²⁶ El programa de acción de la Junta, proclamado dos días después, concretaría esta postura limitando las reformas políticas, económicas y sociales a elementos como el control del comercio minero, la participación en beneficios empresariales, la lucha contra el absentismo agrícola o una ambigua y algo insultante «incorporación a la vida civilizada» de los campesinos indígenas.²⁷ Pocos días más tarde, el propio Toro tranquilizaba al representante del gobierno británico en el tema de la intervención estatal en minas o petróleo, asegurándole que las declaraciones se habían realizado por puro «interés propagandístico, y que no debía ser tomado en serio», ya que las reformas a tomar serían consideradas «conservadoras en comparación con las leyes vigentes en Gran Bretaña».²⁸

Esta moderación quedó claramente matizada cuando, el 21 de junio de 1936, el teniente coronel Busch, impulsado por los sectores más activos del nacionalismo, provocó una crisis gubernamental que expulsaba del gabinete a los republicanos de Saavedra y establecía con carácter definitivo una Junta Militar Socialista, que sustituía a la Junta Mixta creada el 17 de mayo. El golpe no iba dirigido solo contra los partidos tradicionales, sino que era un ejercicio táctico controlado por Busch, cuyo cargo le daba la capacidad de llevarlo a cabo, y cuya actitud personal le orientaba a una posición dictatorial intransigente, confiada en el establecimiento de un Estado que rompiera del todo con las fórmulas liberales. Siendo esta interpretación la que han destacado algunos muy buenos conocedores del proceso,²⁹ se ha considerado también que la desunión entre estos dos jefes militares era, a aquellas alturas, pura apariencia, y que el golpe se orientó como presión de la “rosca” –oligarquía– boliviana para eliminar a un grupo republicano populista muy hostil y con fuerza en la capital, confiando en que el ejército establecería un régimen dictatorial del que pronto desaparecerían los elementos de transformación social.³⁰ En cualquier caso, *La Calle* sacó su primer número inmediatamente después de

²⁶ *El Diario*, 24 de mayo de 1936.

²⁷ *El Diario*, 26 de mayo de 1936.

²⁸ British Legation, La Paz, 28 de mayo de 1936 (PRO, FO 371/19764)

²⁹ Por ejemplo, H. KLEIN: *Parties...* 1971, p. 238; Íd.: *Bolivia. The evolution...*, p. 202.

³⁰ A. Céspedes, contemporáneo de los hechos y muy bien relacionado con los medios militares, apunta a esta explicación, en coherencia con la posición tradicional del MNR, favorable a Busch y desdeñosa de Toro (*El dictador...*p. 148).

la eliminación de los saavedristas, señalando su pleno apoyo a la Junta y al rumbo nuevo que había tomado.³¹

El régimen del coronel Toro, primera de las tres experiencias de pacto entre militares y nacionalistas de la generación del Chaco entre 1936 y 1946,³² hubo de hacer frente a ajustes de coyuntura fundamentales para enfrentarse a la demolición del orden económico liberal, provocada por la crisis mundial de los años 30. Los esfuerzos para proteger los precios mundiales del estaño se acompañaron de medidas de urgencia para afrontar una inflación galopante. Las medidas destinadas a dotar al Estado de recursos necesariamente habían de pasar por la intervención fiscal en la producción minera, aunque la nacionalización de los yacimientos, una de las propuestas básicas de la izquierda socialista habría de esperar a la revolución de 1952, como habría de hacerlo la reforma agraria integral de 1953. Tal reforma de la propiedad rural no se realizó para conseguir el apoyo del campesinado a la insurrección, sino para asegurar un sistema clientelar al servicio del régimen del MNR, lo cual indica las motivaciones de este grupo de nacionalistas excombatientes, siempre fijadas a la construcción de un Estado capaz de controlar la movilización de los sectores populares y, en especial, del proletariado urbano y rural. En la gestión del primer régimen militar de posguerra, solo la nacionalización de la Standard Oil, presentada como un castigo al fraude de la empresa y no como el origen de una política generalizada de expropiación de la oligarquía, pudo presentarse como cumplimiento de las demandas más simbólicas de la generación del Chaco.³³ La medida fue recibida con alborozo por los medios nacionalistas gubernamentales, que la presentaron como prueba de una voluntad de emancipación que, además, se relacionaba directamente con el escenario y motivaciones oligárquicas de la guerra.³⁴

Asumido ya que el “socialismo militar” no pretendía una modificación radical de las relaciones de propiedad, sino seguir la orientación de una reforma que protegiera los recursos del Estado y permitiera avanzar en una modernización superadora del modelo monoexportador, lo que parece más importante es el avance hacia un nuevo tipo de régimen político. Interesa, sobre todo, el esfuerzo por construir un sistema corporativo que superara la representación de partidos. Tal objetivo había de estar inspirado en la potencia de estos planteamientos no solo en el área del fascismo europeo, sino también en las posiciones del catolicismo político y de los movimientos nacionalistas latinoamericanos. Con todo, la influencia de las experiencias europeas, tanto las dictaduras militares como los regímenes fascistas, habían de tener una clara influencia en países que, como la misma Bolivia, disponían de una amplia colonia extranjera, especialmente alemana. Tras la creación del Ministerio de Trabajo, la Junta decretó el trabajo obligatorio,

³¹ *La Calle*, 26 de junio de 1936.

³² Para una visión amplia de esta experiencia, F. GALLEGO: *Los orígenes del reformismo militar en América Latina. La gestión de David Toro en Bolivia (1936-1937)*, Barcelona, PPU, 1991.

³³ El Decreto de expropiación en *Anuario...*, vol. I, pp. 519 y ss. La justificación, en D. TORO: *Informe presentado por el Señor Coronel Presidente de la Junta Militar Socialista de Gobierno al Ejército Nacional*, La Paz, s.p.i., 1937. La bibliografía contemporánea sobre el tema es abundante, e indica el peso simbólico de la medida. Destaquemos C. MONTENEGRO: *Frente al derecho del Estado el oro de la Standard Oil*. La Paz, Trabajo, 1938; L.M. Loza, *Bolivia, el petróleo y la Standard Oil*, Sucre, Charcas, 1939.

³⁴ *La Calle*, 16 de marzo de 1936.

rápidamente ensalzado como un nuevo concepto de la ciudadanía. Con la creación de destacamentos de trabajadores que eran enviados a las minas, se evitaba la concentración de parados en las ciudades, en especial de los numerosos excombatientes que hacían de su condición de veteranos un privilegio destinado a conseguir empleo.³⁵

La obsesión por evitar que la transición política pudiera ser desbordada por la simple visibilidad de una masa social nueva en la ciudad aparece en las intenciones de esta legislación. Sin embargo, las cosas iban a ir mucho más allá de lo coyuntural y, además, dando cuenta del interés del nuevo régimen por mantener una base de apoyo en los excombatientes. En el mes de julio, se creó la Asamblea Nacional Permanente de Organizaciones Sindicales, que había de vertebrar un nuevo sistema de representación a través de los sindicatos reconocidos por el gobierno –singularmente la FOT y la FOL–. El ministro de Trabajo, el dirigente de artes gráficas Waldo Álvarez, afirmó que este sistema atraía a los militares por el éxito de la experiencia mussoliniana.³⁶ Pero, más allá de esta indudable tarea de emulación, lo que preocupaba a los cuadros nacionalistas –y no solo a los militares– era construir un tejido representativo controlado antes de que la propia dinámica del desarrollo y modernización de la economía condujera a las dificultades para encauzar la organización autónoma de los trabajadores. El reformismo de los excombatientes aparecía, de este modo, como una respuesta nacional a quienes habían construido sus proyectos políticos empezando por negarse a ir al frente y exiliándose en Perú y en Chile, como los fundadores del PIR y del POR. En la competencia por hacerse con la hegemonía política, el nacionalismo populista de la clase media convertía el hecho mismo de la participación en la guerra en un acto de ciudadanía y en el fundamento de derechos políticos básicos. Y procedía, además, a construir sobre ello un sistema político que eliminara las posibilidades de la izquierda socialista en el futuro, cuando la correlación de fuerzas pudiera dejar de ser tan favorable a los intelectuales de clase media que combatieron en el Chaco.

La condición de excombatiente se convertía, de este modo, en un aspecto central de la dinámica simbólica y práctica de la crisis boliviana de los años treinta. Los privilegios otorgados a los excombatientes en sucesivos decretos sobre oferta de empleo público y privado acompañaban a los decretos sobre trabajo y sindicalización obligatoria. El régimen corporativo no aparecía solo como un sistema de organización, sino como una forma de representar, en el orden económico nacional, a la nación combatiente que se había manifestado en la contienda de 1932-1935.³⁷ A este respecto, las fórmulas de organización corporativa a escala municipal primaban la representación de la clase me-

³⁵ La condena a estas actitudes se observa incluso en *La Calle*, 23 de junio de 1936, que habla de «tanto merodeador de empleo y de muchos parásitos actualmente encasillados en el presupuesto».

³⁶ H. KLEIN: *Parties...*, p. 243.

³⁷ El 12 de junio de 1936 se aprobó un decreto sobre opción a cargos públicos que daba preferencia a los excombatientes. En un tono de reprobatoria ironía, se llegaba a indicar que «aquellos que no prestaron servicio militar alguno a la Patria en momentos de guerra internacional, por haber sido declarados inhábiles absolutos, se hallan física e intelectualmente imposibilitados de trabajar en ninguna actividad.» (*Anuario de la República*, 1937. La Paz, 1938, vol. I, p. 942.). Poco después se crearon alcaldías “rentadas”, un sistema de nombramiento que beneficiaba a los excombatientes y eliminaba la elección de los poderes locales por los vecinos. Ello se justificaba por la necesidad de despolitizar la administración local (Sección de Prensa del Palacio del Gobierno, *Bajo el régimen militar socialista ¿hay labor gubernativa?* La Paz, s.p.i. 1937, p. 6.)

dia mientras, señalando un número idéntico de representantes en el consejo municipal a colegios profesionales y a organizaciones sindicales, con independencia del número de asociados. El proceso de nacionalización de masas era de integración y de exclusión al mismo tiempo, como ocurre, de hecho, con todos los procesos de este tipo que se observan en la Europa que dio paso al fascismo. Lo singular de este proceso en Bolivia, y lo que indica la importancia del conflicto militar en la gestión política de la crisis y en la creación de hegemonías en un ciclo de transición, es el carácter fundacional del episodio bélico, como creador de la comunidad nacional verdadera.

5. Balance de una generación y utilidad de una reflexión comparada y transnacional

El régimen militar-socialista había de prolongarse, con la interrupción de una restauración conservadora que siguió al suicidio de Busch en agosto de 1939, hasta julio de 1946, cuando el mayor Villarroel fue expulsado del gobierno y asesinado, en una revolución que siempre se legitimó como antifascista y que provocó el exilio e ilegalización del MNR fundado por los miembros más destacados de la generación del Chaco. Solo cinco años después, el MNR era capaz de ganar unas elecciones presidenciales. Su impugnación por un golpe de estado provocó la insurrección popular de abril de 1952 y el triunfo de esas masas cuidadosamente alejadas del protagonismo político durante la década del “socialismo militar”. La estrategia de un populismo de base social amplia se imponía al reformismo nacionalista de una revolución desde arriba. Víctor Paz Estenssoro, el dirigente más capacitado del grupo, regresó del exilio argentino en un avión pilotado por una figura conocida en las luchas americanas del siglo XX: el general René Barrientos, responsable directo de la muerte del Che Guevara. El populismo militar había vuelto a imponerse a mediados de los años sesenta, en un paradójico cierre de ciclo que empezó con una guerra que condujo el proceso de transición en la gran crisis de los años treinta y acabó con una serie de dictaduras militares que nunca dejaron de ampararse en el discurso legitimador de aquel conflicto bélico como origen de la moderna república.

Ha interesado señalar aquí las condiciones en que se produjo el inicio de aquel proceso, contemporáneo de las convulsiones políticas de la Europa de los años de entreguerras y en el que las noticias, teorías políticas, experiencias personales, fascinación por situaciones de exaltación nacionalista y conciencia de la apertura de un gran ciclo de transformaciones sociales, estuvieron presentes en lo que solemos considerar un oscuro rincón sin importancia para nuestra reflexión sobre la era del fascismo. ¿Hallamos en esta evolución de los acontecimientos algún factor que refuerce nuestros análisis del proceso político europeo en el periodo de entreguerras? Es dudoso que pueda ser de otro modo. A la influencia directa de los hechos sobre los sujetos políticos bolivianos, se suma una contemporaneidad autónoma, cuyas raíces se encuentran en la crisis del capitalismo, en las fracturas de un sistema liberal deslegitimado, en la respuesta regeneracionista a los problemas de la modernización y, sobre todo, en este caso, a la impregnación de un proceso de nacionalización de masas por una experiencia de guerra y de pos-

guerra. Es enriquecedora, para una reflexión amplia sobre la era del fascismo, esta forma en que el conflicto bélico pasó a ser un elemento de discriminación política, de inclusión y exclusión, de derechos sociales adquiridos por la participación en la guerra, de solidaridad generacional y de apuesta por una militarización de la política.

Las liturgias referentes a los caídos y a los héroes, a patriotas y a desertores, a nacionalistas y a traidores, al pueblo decente y a los oligarcas inmorales, recuerdan rituales muy similares en los espacios simbólicos de la cultura europea del periodo. Y nos plantean la necesidad de atender también a los elementos reales, a la promoción social obtenida a través de la guerra, a la organización de nuevos grupos políticos transversales, a la ocupación del espacio público con la cartilla de excombatiente en la mano. En su desarrollo posterior, esta experiencia habría de llegar mucho más lejos, al reunir una asamblea constituyente cuyos diputados juraron elaborar una Carta Magna digna de los combates librados en aquella contienda. Y la llegada de un joven caudillo como Germán Busch a la máxima magistratura, teniendo como único mérito el prestigio de honradez y entrega a la patria que le daba su condición de soldado eficaz y valeroso, fue una primera culminación del proceso. Los nacionalistas de Paz Estenssoro llegaron a publicar un periódico con su nombre: *BUSCH*, que eran las siglas de Bolivia Unida sin Clases Humilladas. El suicidio de aquel oficial, con un precario equilibrio psicológico puesto a prueba por la carencia de colaboración en sus esfuerzos por sacar al país del subdesarrollo, dio lugar a las multitudinarias honras fúnebres del último caído en la guerra del Chaco. Un individuo que fascinó a algunos intelectuales fascistas europeos, como Drieu La Rochelle, por esa condición trágica de personaje a caballo de la historia y a grupas de la eternidad. Un personaje cuyo nombre pronunciaron muchos presidentes electos, al jurar su cargo en nombre de los presidentes mártires Busch y Villarroel. La guerra creó, así, una larga conciencia histórica, un largo ciclo construido culturalmente. Pero también una realidad precisa, un curso de acontecimientos de feroz lucha por la hegemonía política, en la que el nacionalismo populista se mostró como lo que era en otros lugares: un instrumento de integración nacional destinado a evitar el triunfo de las opciones revolucionarias de clase.